

Introducción

¿Tuvo Jesús un hijo con María Magdalena? ¿Fue un cínico, un místico, tal vez incluso un gnóstico? ¿Fingió su muerte y salió clandestinamente de tierra santa? ¿Escapó a Egipto? ¿Escribió cartas al Sanedrín judío y explicó que todo había sido un error, que él nunca había pretendido ser el Hijo de Dios? ¿Celebró la Última Cena con sus amigos... veinticinco años después de la crucifixión? ¿Se ha encontrado el sepulcro de Jesús? ¿Se ha hallado el sepulcro de su padre? ¿Son de fiar los evangelios del Nuevo Testamento? ¿Hay otras fuentes mejores para el estudio de la vida y la enseñanza de Jesús? ¿Hablan sobre Jesús los manuscritos del Mar Muerto? ¿Es veraz el relato evangélico? ¿Hay una conspiración para ocultar la verdad? Y, sobre todo, ¿existió Jesús realmente?¹.

Las palabras que acabo de leer encabezan la introducción de una obra, no poco documentada, del Dr. Craig A. Evans, catedrático de Nuevo Testamento en el *Acadia Divinity College* de Nueva Escocia (Canadá). La obra lleva por título «*El Jesús deformado*» y está publicada en español por la Editorial *Sal Terrae*, colección *Presencia Teológica*, Santander 2007. Dicha obra viene subtitulada de la siguiente manera: «*Cómo algunos estudiosos modernos tergiversan los evangelios*». Pues ésa es la intención del autor: mostrar cómo la figura de Jesús aparece —particularmente, hoy— manipulada, deformada, adulterada de las más diversas formas y por los más distintos medios. Leemos así un poco más abajo:

¿Te has preguntado alguna vez por qué algunos estudiosos contemporáneos (especialmente quienes escriben en la prensa popular) parecen tan propensos a descartar los datos de los evangelios y buscan otras fuentes de información? En varios libros, algunos investigadores sostienen que es necesario basarse en fuentes de los siglos II y III, porque nuestros evangelios del Nuevo Testamento no son fidedignos. ¿Tiene esto sentido? Otros afirman que hay conspiraciones para suprimir las pruebas. Pruebas... ¿de qué?; ¿por qué?².

Recuerdo, en mis años de párroco de Trigueros, con qué ardor sostenía esto último un buen amigo mío —Juan de nombre— sedicente agnóstico, a quien precisamente le había prestado yo algunos libros sobre esta literatura, entre ellos el ya clásico de Aurelio de Santos Otero, que es una edición crítica y bilingüe de los evangelios apócrifos³. Los debates con aquel buen amigo sobre éste y otros temas —digamos— fronterizos, en los que de buen grado participaban también otros contertulios, eran ciertamente sabrosos, vivos, cálidos..., de tono subido, a veces, aunque siempre amistosos. Nunca sobrepasamos la línea de la corrección más elemental, ni jamás llegamos al acaloramiento.

Otras anécdotas parecidas podrían traerse aquí... Recuerdo la de una niña, también en

¹G. A. EVANS, *El Jesús deformado*, Sal Terrae, Santander 2007, pág. 17.

²Ibidem.

³A. DE SANTOS OTERO, *Los evangelios apócrifos*, BAC, Madrid 1987.

Trigueros, cuya madre... Pero, dejémoslo así, y vayamos adelante, para no perder tiempo.

Sigue diciendo el Dr. Evans, en su libro antes citado:

Algunos estudiosos y escritores contemporáneos, en su interminable búsqueda para encontrar algo nuevo y proponer teorías atrevidas que no se basen en los datos disponibles, han distorsionado o ignorado los evangelios del Nuevo Testamento y, como consecuencia, han fabricado toda una serie de pseudo-Jesuses⁴.

Digamos ya desde ahora que todo este asunto no es, en ningún modo, un asunto nuevo. Se trata de cosa vieja —muy vieja—, de casi de los comienzos del cristianismo. Pero con una importante diferencia, que veremos después. Por referirnos sólo a los tiempos más cercanos a nosotros, el asunto es viejo de ya varios siglos, casi de tres. La cosa empieza con H.S. Reimarus, cuando, allá por el año 1774, G.E. Lessing publicó algunos extractos de la obra colosal de su maestro. Asistimos aquí al comienzo de la descripción racionalística de la vida de Jesús. Los siglos XVIII y XIX irán dando a luz diversos grados de racionalismo aplicado a las Sagradas Escrituras, en general, y al Nuevo Testamento y a los Evangelios, en particular. Conoceremos así tres racionalismos: un llamado *primer racionalismo*⁵; un segundo *racionalismo*, denominado después *clásico*⁶; y, finalmente, un tercer racionalismo o *racionalismo tardío*⁷. A lo largo de todos estos años —un siglo mal contado— casi todos los elementos constitutivos de la fe cristiana (nacimiento de Jesús, milagros, muerte y resurrección) intentan ser explicados progresivamente a la luz y bajo el imperativo de la razón, es decir, prescindiendo de manera sistemática del hecho de la fe y del recurso a lo sobrenatural. Vendrán, después, nombres tan importantes como los de D.F. Strauss, precursor de muchas teorías modernas y maestro de maestros, con su original comprensión del mito⁸; C.H. Weisse, el primero que reconoció en Marcos el evangelio más antiguo; B. Bauer, que llevó al extremo más radical las tesis racionalísticas, terminando por afirmar que Jesús de Nazaret no existió verdaderamente (aunque, eso sí, ya en su tiempo, se quedó completamente solo). Vendrá, más tarde, la *escuela liberal*, de la que nace un Jesús prototipo del *gentleman* victoriano, hombre noble, de sentimientos altísimos, que predica la paternidad de Dios y la hermandad universal entre los hombres. Como reacción, surgirá la *escuela escatológica*, para la que Jesús es ciertamente un predicador, pero un predicador de los últimos días. Sus representantes más ilustres serán T. Colani y J. Wies. Para este último, Jesús no es un predicador de amor, de humildad y de fraternidad (como lo era para la escuela liberal), sino de una disciplina penitencial que debía preparar el advenimiento del reino de Dios. Otros nombres muy importantes —ya muy cercanos a nosotros o casi contemporáneos

⁴G. A. EVANS, o.c., pág. 18.

⁵Suenan los nombres de J.J. Hess (1774), F.V. Reinhard (1781), J.H. Herder (1797), K.F. Bahrdt (1786), K.H. Venturini (1806), y otros.

⁶Su principal exponente es H.E.B. Paulus (1828).

⁷Representado mayormente por F.E.D. Schleiermacher (1864).

⁸Para Strauss, mito es un método pre-científico y pre-filosófico de expresar ideas científicas, filosóficas y psicológicas en forma de narración.

nuestros— como los de M. Kähler, Hermann, así como los de R. Bultmann y los de la amplísima escuela post-bultmanniana, por razón de tiempo y por no desviarnos del asunto que nos convoca esta noche, los dejamos a un lado. Cabría aquí la posibilidad de otra charla que podría resultar bastante interesante.

Pero sí nos interesa decir que todas estas cuestiones venían suscitadas y discutidas casi exclusivamente en el campo de los estudios de autores protestantes. ¿Qué hay de los católicos? Los católicos habíamos permanecido, durante casi dos siglos, ignorantes o al margen de todos estos debates y tomas de posición de la Reforma, considerando pacífica y absolutamente cierta la historicidad de los evangelios y demás escritos canónicos. Se conoció, sin embargo, un momento de fuerte tensión. Y fue el siguiente: cuando, en 1912, los llamados modernistas quisieron abrirse a todos estos problemas, la sombra del peligro amenazó con desasosegar el placentero panorama católico. Viéndose, entonces, que aquella sombra se iba haciendo cada vez más densa y que el peligro no dejaba de adquirir dimensiones progresivamente preocupantes, el papa S. Pío X derramó, sin el menor disimulo, abundantes jarros de desaliento sobre cualquier intento, por parte católica, de investigación escriturística. Fue un período triste y una gran pérdida de tiempo para los estudios católicos de la Biblia. Sólo después del año 1942, con la encíclica *Divino afflante Spiritu*, se comenzó, por parte católica, a estudiar en serio las Sagradas Letras con todos los problemas concomitantes.

Pero bien, resumamos todo lo anterior diciendo que, a lo largo y ancho de todas estas etapas de investigación sobre Jesús de Nazaret y, particularmente, en los últimos tiempos hasta nuestros días, grande ha sido la variedad de definiciones con las que se ha querido encasillar la persona de Jesús: un profeta escatológico (Sanders); un carismático maestro de sabiduría eversiva (Borg); un campesino hebreo mediterráneo de tendencia cínica (Crossan); un filósofo cínico *tout court* (Mack); un pacífico revolucionario social (Horsley y Theissen); un judío que exaltó la ley mosaica radicalizando sus exigencias y, en particular, el mandamiento del amor al prójimo (Flusser); un fariseo de tendencia hillelita (Falk); un rabbi (Chilton); incluso un mago (Smith).

Mas hay que añadir a todo lo anterior —y esto ha supuesto un logro evidente—la necesidad de ensanchar la base documentaria, tomando también en seria consideración los evangelios apócrifos más antiguos. No hace muchos años, al grito de *¡Abajo la tiranía del Jesús sinóptico!* (pues éste es el título de su trabajo), C.W. Hedrick, se hacía abanderado de tal necesidad: *La tiranía del Jesús sinóptico*⁹. Pues, sí..., aunque a algunos oídos pudiera sonar chocante, así se intitulaba la obra de este autor, que no es precisamente hombre ignorante. Sin duda, el título buscaba entonces el sensacionalismo o la exageración propagandística de ciertas tendencias; pero —exageraciones aparte— el caso es que la investigación histórica sobre Jesús fue ayer, y lo sigue siendo hoy, cantera inagotable de la más férvida actividad.

Ahora bien, hay un dato —no sé que pensarán Vdes., y ésta es la diferencia a que me

⁹C.W. HEDRICK, «The Tyranny of the Synoptic Jesus», en *Semeia* 44, 1988, págs. 1-8.

refería al principio de esta intervención mía—, hay un dato, digo, que podría ser inquietante: todas las cosas que acabamos de decir quedaban circunscritas, tiempo atrás, al campo de la investigación, a ambientes culturales de nivel más bien alto, a las facultades universitarias, a libros para especialistas, a escritos siempre de alta divulgación... Se trataba de debates profundos y muy serios, pero —es so sí— de corto alcance. Hoy, por el contrario, todo esto está en la calle. La televisión, *internet*, la prensa, la radio, la literatura más popular y sensacionalista se encargan de abordar, de airear casi diariamente todas estas cuestiones. ¿Quién no ha oído hablar alguna vez de *El Caballo del Troya*, de J.J. Benítez [creo recordar que fueron hasta cinco los libros publicados con este título], o de *El Código Da Vinci*, de Dan Brown, por citar sólo dos de las obras más conocidas?. No hace mucho tiempo también, la licenciada en Derecho y doctora en Teología, profesora de Antiguo Testamento en la facultad de Teología de Granada, Miren Junkal Guevara, publicó una interesante obra —*Los apócrifos postmodernos* [Ediciones Kahf, Madrid 2012]— que informa de manera muy documentada sobre el *boom religioso* al que en los últimos años hemos venido asistiendo en cuanto a la literatura apócrifa se refiere y la influencia que dicha literatura ha venido ejerciendo en la vida de miles, millones de personas. Otras diversas obras cabrían ser citadas.

Pero, para no cansar y volviendo a nuestro autor del principio, el del *Jesús deformado*, lo que particularmente inquieta —inquieta a él y confieso que también a mí— es que muchas de las afirmaciones —con carácter incuestionable— que hoy se hacen no provienen sólo de los ambientes menos especializados y populares, sino de determinados estudiosos, cuya especialidad se presupone. Dice C. A. Evans: «*La pseudo-erudición sensacionalista se puede esperar de los charlatanes, pero no de los expertos que enseñan en instituciones respetables de enseñanza superior*»¹⁰.

Y éstos pueden ser los resultados:

(1) fe extraviada y sospechas desorientadas; (2) puntos de partida restrictivos y métodos críticos demasiado estrictos; (3) textos cuestionables de siglos posteriores; (4) el recurso a contextos extraños al entorno real de Jesús; (5) dichos esqueléticos desprovistos de todo contexto; (6) la incapacidad de tener en cuenta los hechos poderosos de Jesús; (7) el uso dudoso de Josefo y de otros recursos de la antigüedad tardía; (8) anacronismos y pretensiones exageradas; o (9) historias absurdas y falsos hallazgos. En suma, se han cometido casi todos los errores imaginables. Y unos cuantos escritores los han cometido casi todos¹¹.

Bien, lo anterior queda dicho. Sin embargo —y por hacer un poco de abogado del diablo—, cabrían también otras reflexiones, otras preguntas, aunque en sentido opuesto. Por ejemplo: ¿cómo ha recibido y tratado la Iglesia, particularmente la Iglesia Católica, el conjunto de la literatura apócrifa al principio y a lo largo de los siglos?; ¿qué opinión tiene de ella en nuestros días?; ¿ha podido dar pie la posición oficial de la Iglesia sobre los escritos apócrifos a

¹⁰G. A. EVANS, o.c., pág. 18.

¹¹G. A. EVANS, o.c., pág. 18.

la aparición de puntos de vista como los expresados más arriba?; ¿habría que presuponer siempre la mala fe en el otro? Véase, si no, lo siguiente: todavía en el año 1948 —anteayer, como quien dice—, Angelo Penna escribía en la *Enciclopedia Cattolica*, obra de vasta difusión, que los apócrifos [...] literalmente no merecen una consideración particular, porque tienen manía por lo maravilloso y son inverosímiles, a diferencia de los escritos canónicos. Se lamentaba incluso de que algunos Padres y algunas iglesias particulares hubiesen tributado un honor indebido a escritos de este género¹².

Esto último, que acabamos de decir, puede que tenga también que ver con algo que no debemos perder de vista, y esto es: la formación religiosa (por la catequesis, la enseñanza y la predicación) que la mayoría de los que estamos aquí hemos recibido desde pequeños nos ha llevado a equiparar cada uno de los evangelios —y otros escritos— no canónicos con una u otra forma de «herejía», y a configurarnos —más o menos— la siguiente idea sobre el proceso de formación de la recta doctrina y de los orígenes mismos del cristianismo. Es decir: en un principio Jesús revela sus doctrinas a los doce apóstoles (parte, antes de su muerte; parte, después de su resurrección); tras la ascensión del Maestro, los apóstoles se reparten el mundo y cada uno propaga la verdadera y única religión cristiana, completa y redonda desde el principio, el verdadero y único evangelio, a la región que le ha tocado en suerte. El demonio no tolera esta difusión de la recta doctrina y suscita a los herejes, quienes con sus escritos (he aquí los evangelios y otros documentos apócrifos) propalan las herejías: éstas son como una desviación de lo recto y originario¹³. Pero, en realidad, las cosas son bastante más complejas.

En nuestro encuentro de esta tarde-noche, estas palabras mías que preceden a aquellas otras con las que el Sr. Obispo inaugurará, después, el curso académico 2017-2018 de este Seminario Mayor Diocesano y recién estrenado Instituto Teológico de Huelva, adscrito a la Universidad Pontificia de Salamanca, estas palabras mías —digo— pretenderán ser una modesta contribución que pueda arrojar un poco de luz sobre estas cuestiones, siempre apasionantes y de grande y creciente actualidad, que la literatura apócrifa —particularmente— del Nuevo Testamento en todos los tiempos ha suscitado.

Soy consciente de la vastedad de este campo de estudio y de la exigüidad del tiempo a

¹²*Enciclopedia Cattolica*, Sansoni, Firenze 1948, vol. I, col. 1631. [Aclaración.— A. Penna, se refería en este caso a los apócrifos veterotestamentarios, pero un juicio parecido podía emitirse con relación a los del Nuevo Testamento. Es cierto que el motivo de este rechazo hay que buscarlo, en parte, en los argumentos expuestos por él en su artículo; pero, en parte también —y quizá una parte más consistente—, en el hecho de que tales escritos fueron usados a partir por lo menos del siglo XVIII por estudiosos iluministas, ateos o tenidos por ateos, con el fin de demostrar que el cristianismo era una religión histórica como las demás. Los motivos teológicos coincidentes a veces entre los apócrifos y los libros neotestamentarios fueron interpretados por los iluministas como signo de un desarrollo puramente histórico del Antiguo Testamento hacia el Nuevo. Esto provocó por parte de los estudiosos cristianos una desconfianza respecto de estos textos, que sólo después del descubrimiento de los manuscritos de Qumrán pudo ser superada].

¹³Cf. A. PIÑERO (Ed.), *Fuentes del cristianismo. Tradiciones primitivas sobre Jesús*, Ed. El Almendro, Córdoba 1993, pág. 368, donde cita W. BAUER, *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum*, Tübinga 1934, 3.

nuestra disposición [*hemos agotado ya casi un cuarto de hora en plantear sólo algunas cuestiones preliminares*]. Dispondré, pues, los minutos que nos quedan en exponer la materia, según los puntos que diré a continuación. ¡Ojalá que, por lo menos, sirva esta modesta lección inaugural para un correcto acercamiento a estas cuestiones —vuelvo a decir— siempre apasionantes y de grande y creciente actualidad, y para suscitar entre algunos de los aquí presentes el interés por un estudio más detenido y profundo de todas estas cosas. Ofreceré, además, por escrito algunas notas bibliográficas por si alguien deseara ahondar en el tema que esta noche nos convoca .

Los puntos son los siguientes:

1. Significado del vocablo.
2. Clasificación y origen de la literatura apócrifa neotestamentaria.
3. Valoración general de la literatura apócrifa a lo largo de la historia.
4. Los evangelios apócrifos y su relación con los evangelios canónicos.
5. A modo de conclusión.

1. Significado del vocablo.

La palabra *apócrifo* se deriva del griego ἀποκρυφός que significa **oculto, escondido**. Con este significado, en el griego del Nuevo Testamento¹⁴, la encontramos sólo tres veces. En **Mc 4,22** [οὐ γὰρ ἐστὶν κρυπτόν ἐὰν μὴ ἵνα φανερωθῇ, οὐδὲ ἐγένετο ἀπόκρυφον ἀλλ' ἵνα ἔλθῃ εἰς φανερόν, *non enim est aliquid absconditum quod non manifestetur nec factum est occultum sed ut in palam veniat, porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni nada escondido, sino para que salga en claro*] y su paralelo **Lc 8,17**; pero, **sobre todo**, en **Col 2,3** [ἐν ᾧ εἰσιν πάντες οἱ θησαυροὶ τῆς σοφίας καὶ γνώσεως ἀπόκρυφοι, *in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*].

Se la encuentra, por vez primera, aplicada a escritos en las obras de Clemente de Alejandría¹⁵.

Pero, ¿qué se entendía exactamente por la palabra *apócrifo* en aquellos tiempos de conformación del cristianismo y qué se puede entender por ella hoy? Se ha discutido mucho sobre cuál es el origen del empleo del vocablo. Se ha pensado en una influencia sobre los cristianos del uso judío sinagogal: en esta institución, en efecto, se daba el nombre de *genuzîm* a aquellos libros que quedaban excluidos de la lectura pública, pero que podían ser utilizados

¹⁴En los LXX, el término —sustantivo o verbo— se encuentra 31 veces, siempre con el significado de «oculto», pero nunca referido a escritos o libros, sino sólo a lugares o cosas, (véanse: Dt 27,15; 2Sam 22,12; 2Re 4,27; Is 4,6; 45,3; Job 22,14; 39,28; Sal 9,29.30; 16,12; 17,12; 26,5; 30,21; 63,5; 80,8; 118,19; Dan 11,43; Sab 6,22; Sir 14,21; 16,21; 23,19; 39,3; 39,7; 42,9; 42,19; 43,32; 48,25; 1Mac 1,23; 2Mac 1,20; Sal Salomón 1,7; 4,5).

¹⁵Clem. Alej., *Strom.*, III, 4, t. VIH, col. 1133.

privadamente. Hoy, sin embargo, se tiende a pensar que el origen se halla más bien en un uso pagano-gnóstico del término. Libros venerables de la antigua filosofía griega o del Oriente Próximo eran llamados ἀπόκρυφα βιβλία. Los gnósticos tenían libros de revelaciones, que consideraban tan preciosos que debían ocultarse a los ojos de los no iniciados. En un principio, la utilización del vocablo debió de ser más bien positiva: designaba libros ocultos o separados del común de los creyentes, porque contenían doctrinas o revelaciones demasiado preciosas para caer en manos de principiantes en la fe o en las de personas de fuera. Más tarde —al separarse con más nitidez el grupo de los ortodoxos del de los gnósticos y al empezarse a mirar con malos ojos las doctrinas de estos últimos—, el término que los gnósticos empleaban para designar sus libros «secretos» comenzó a utilizarse por los ortodoxos *in malam partem*, y se igualó pronto el vocablo «apócrifo» con el de «espurio», siendo despojado de su tono positivo¹⁶. Más tarde, cuando se fijó por completo el canon neotestamentario, el término «apócrifo» pasó a designar aquellos libros que, con pretensiones de sagrados, no fueron aceptados en el canon del Nuevo Testamento. Esta última constatación nos parece básica a la hora de precisar qué entendemos exactamente por «apócrifo». Es decir: con esta palabra designamos aquellos escritos cristianos ***excluidos del canon eclesiástico de libros revelados*** que por su contenido en torno a la figura, dichos y hechos de Jesús, o por su título, pretenden o bien sustituir a los escritos del mismo nombre aceptados como canónicos o bien complementarlos¹⁷.

«Apócrifo» tiene, pues, el sentido preciso, técnico, de no-canónico. Sin embargo, el margen del canon tardó en delimitarse con rigidez. De ahí el uso que hacen eclesiásticos de los siglos II y III de obras apócrifas. En el siglo III, Orígenes es un testigo relevante de la difusión y desarrollo de la literatura apócrifa en su tiempo. En el prólogo de *Homilías sobre el Evangelio de Lucas* establece una neta distinción entre los textos canónicos, patrimonio de la Iglesia, y los apócrifos que circulaban entre las sectas heréticas, lo que implica un juicio negativo sobre estas últimas obras. Por otra parte, llama la atención que no dude en tomar citas de esas obras cuando

¹⁶He aquí algunos ejemplos, tomados de R. TREVIJANO, *La Biblia en el cristianismo antiguo*, Ed. Verbo divino, Estella (Navarra) 2001, págs. 344-345: «Encima de esto traen consigo una multitud indecible de escritos secretos (apókryphos) y espurios, que ellos mismos compusieron, para causar impresión a los insensatos y que desconocen la literatura verdadera (Ireneo, AH 1 20,1)»; «Te lo concedería si el libro del Pastor, que es el único que ama a los adúlteros, hubiera merecido ser incluido entre la documentación divina, si no hubiera sido juzgado por todo el conjunto de las iglesias, también de las vuestras, entre los apócrifos y falsos, como un escrito también adúltero y, en consecuencia, patrocinador de sus socios (Tertuliano, De pudicitia X 12); «Pero hemos creído necesario tener hecho el catálogo de éstos igualmente, distinguiendo los escritos que, según la tradición de la Iglesia, son verdaderos, genuinos y admitidos, de aquellos que diferenciándose de éstos por no ser testamentarios, sino discutidos, no obstante, son conocidos por la gran mayoría de los autores eclesiásticos, de manera que podamos conocer estos libros mismos y los que con el nombre de los apóstoles han propalado los herejes pretendiendo que contienen bien sea los Evangelios de Pedro, de Tomás, de Matías o incluso de algún otro distinto de éstos, o bien de los Hechos de Andrés, de Juan y de otros apóstoles. Jamás uno solo entre los escritores ortodoxos juzgó digno el hacer mención de estos libros en sus escritos [...] Pero es que la misma índole de la frase difiere enormemente del estilo de los apóstoles, y el pensamiento y la intención de lo que en ellos se contiene desentona todavía más de la verdadera ortodoxia: claramente demuestran ser engendros de herejes. De aquí que ni siquiera deben ser colocados entre los espurios, sino que debemos rechazarlos como enteramente absurdos e impíos (Eusebio, HE 111 25,6-7)».

¹⁷Cf. A. PIÑERO, o.c., págs. 371-372. R. TREVIJANO, o.c., págs. 344-346, se extiende aún más en precisar la significación del vocablo.

su contenido armoniza con lo que trata de demostrar, insertándolas, con algunas cautelas, en la propia argumentación.

El término «apócrifo» acaba, finalmente, teniendo de ordinario una connotación peyorativa, que hace mirar la obra como legendaria, fantasiosa y sospechosa: algo no eclesial o herético; un dicho o relato inventado o fabulado. El hecho, además, de que el término «apócrifo» fue usado sobre todo en círculos heréticos (particularmente por los gnósticos) hizo que, con el tiempo, pasase a designar entre los ortodoxos obras heréticas, sin más, o de lectura ciertamente peligrosa. Recordemos lo que hace poco hemos referido sobre la formación catequética recibida por la mayoría de nosotros desde que éramos pequeños.

2. Clasificación, origen de la literatura apócrifa neotestamentaria

a) *Clasificación*

Pues bien, ya desde el siglo II d.C., fue apareciendo una serie de tales obras apócrifas bajo nombres de apóstoles y discípulos de Jesús. Su verdadero autor, sin embargo, es desconocido. Se trata, por consiguiente, en todos los casos de escritos pseudónimos.

El número de los apócrifos neotestamentarios, que conocemos hoy, sobrepasan el centenar; y, por lo que a los evangelios se refiere —ya sean más o menos completos o transmitidos de modo fragmentario por papiros o citas de los escritores eclesiásticos antiguos— su número asciende a más de setenta¹⁸.

Los apócrifos neotestamentarios acostumbran a vincularse en forma y situación a los escritos del Nuevo Testamento y han solido distribuirse externamente en las cuatro clases correspondientes: Evangelios, Hechos, Epístolas y Apocalipsis.

Por el objetivo perseguido por sus autores, podríamos establecer dos distinciones:

La primera contendría dos clases de escritos apócrifos muy diferentes: a) los de origen

¹⁸No podemos calcular en absoluto cuántos otros han sido devorados por el olvido y por el paso de los años, ya sea a causa de las persecuciones de grupos teológicos contrarios o por la muerte natural de las personas o comunidades que los tuvieron como santos. Los cristianos de los siglos I y II no tenían ninguna conciencia especial de que el «evangelio» fuera un género literario particular, cuyos representantes únicos y genuinos serían los que luego habrían de recibir el espaldarazo de «canónicos». Por el contrario, en estos siglos se compusieron numerosos y variados productos literarios, bastante diversos entre sí, que podían recibir el título de «evangelio», ya que transmitían, usaban o interpretaban tradiciones sobre Jesús. El comienzo del evangelio de Lucas nos pone sobre la pista de que ya en el último tercio del siglo I abundaban los escritos que recogían los dichos y hechos de Jesús: «*Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han verificado entre nosotros, tal como nos los han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares..., he resuelto yo también, después de haber investigado todos escrupulosamente desde su origen, escribírtelos por orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las cosas que has recibido...*» (Lc 1,1-4) Esta indicación del prólogo de un evangelio canónico nos invita a aceptar el hecho de una gran pluralidad de obras sobre Jesús en los inicios mismos de la andadura histórica del movimiento cristiano.

herético, especialmente gnóstico; b) los de origen ortodoxo con una finalidad edificante: ficciones poéticas o leyendas piadosas, destinadas a satisfacer la curiosidad de los cristianos y más preocupados por saber lo que no dice el texto sagrado que por ahondar en lo que enseña.

La segunda abarcaría tres clases: a) los que quieren llenar lagunas; b) los que rivalizan con los canónicos y quieren legitimar opiniones doctrinales de determinados grupos; c) un grupo de textos tardíos que, en virtud de la pretendida autoridad apostólica, tratan de resolver problemas teológicos o apoloéticos.

Por lo que a los evangelios apócrifos se refiere, se han llegado a distinguir cinco grupos: a) los que siguen la tradición sinóptica; b) los evangelios judeocristianos, próximos a Mateo, que merecen una atención especial; c) evangelios claramente heterodoxos; d) los que tratan de completar los canónicos, sobre la infancia, la pasión o los diálogos; e) los fragmentos de evangelios.

Veamos cuáles son estos escritos, según las cuatro clases. Citamos sólo los más conocidos e importantes. La lista completa, sin embargo, está —en estos mismos folios que tengo entre mis manos— a disposición de quienes desearan echarle un vistazo:

— *Evangelia Apocrypha*¹⁹:

- 1) Evangelium secundum Hebraeos.
- 2) Evangelium secundum Aegyptios.
- 3) Evangelium Ebionitarum. - Evangelium Duodecim Apostolorum.
- 4) Evangelium Petri.
- 5) Proto-Evangelium Iacobi - Evangelium Nativitatis Mariae. - Liber de ortu B. M. V. et de infantia Salvatoris.
- 6) Evangelium Thomae.
- 7) Evangelium Infantiae Salvatoris (arabicum).
- 8) Historia Iosephi fabri lignarii.
- 9) Evangelium Nicodemi: Acta Pilati - Descensus Christi ad inferos. - Epístola Pilati - Anaphora Pilati.
- 10) Transitus Mariae.
- 11) Alia Evangelia apocrypha: Bartholomaei, Philippi, etc.

— *Acta Apocrypha*:

- 12) Acta Petri.
- 13) Praedicatio Petri.

¹⁹Cf. P. J.B. FREY, «De libris apocryphis», en *Institutiones Biblicae scholis accommodatae*, vol. I. De S. Scriptura in universum, PIB, Roma ⁶1951, págs. 206-207.

- 14) Acta Pauli.
- 15) Acta Petri et Pauli.
- 16) Acta Ioannis.
- 17) Acta Andreae.
- 18) Acta Thomae.
- 19) Acta alia apocrypha: Philippi, Matthaei, Barnabae.

— *Epistolae Apocryphae*:

- 20) Epistolae D. N. I. C. et Abgari, regis Edesseni.
- 21) Epistola Apostolorum vel Sermones Domini cum discipulis.
- 22) Epistola Pauli ad Laodicenses.
- 23) Epistola Pauli ad Alejandrinos.
- 24) Epistola Pauli ad Corinthios et Epístola Coriuthiorum ad Paulum.
- 25) Epistolae Pauli ad Senecam philosophum et Senecae ad Paulum.

*Lista completa de los apócrifos del Nuevo Testamento, ordenada alfabéticamente*²⁰

Abdías (Pesudo)	Ebionitas (Evangelio de los)	José el Carpintero (Historia de)
Abgaro (correspondencia con Jesús)	Egipcios (Evangelio de los)	Juan (<i>Apókryfon</i> de)
Adán (Apocalipsis de)	Esdras (Cuarto libro de)	Juan (Dormición de María del Pseudo-)
Addai (Doctrina del apóstol)	Esdras (Quinto libro de)	Juan (Hechos de)
Andrés (Hechos de)	Esdras (Sexto libro de)	Juan (Libro de los secretos de)
Andrés y Matías (Hechos de)	Felipe (Carta de Pedro a)	Juan (Pasión de)
Apóstoles (Hechos latinos de los)	Felipe (Hechos de)	Judas (Evangelio de)
Apóstoles (Combates de los)	Felipe (Evangelio de)	Laodicenses (Carta a los)
Apóstoles (Carta de los)	Gallo (Libro del)	Lino (Pseudo)
Apóstoles (Pasión de los)	Hebreos (Evangelio de los)	Mar Mari (Hechos de)
Bartolomé (Evangelio de)	Isaías (Ascensión de)	Marcos (Evangelio secreto de)

²⁰Tomada de J.-M. PRIEUR, «Los escritos apócrifos cristianos», *Cuadernos Bíblicos* 148, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2010, pág. 62.

Bartolomé (Preguntas de)	Jesucristo (Carta de J. sobre el domingo)	Marcos (Martirio de)
Basílides (Evangelio de)	Jesucristo (La sabiduría de)	María (Dormic. de M. Del Pseudo-Juan)
Bernabé (Hechos de)	Jesús (Historia de la infancia de)	María (Evangelio de)
Clemente (Carta de Cl. A Santiago)	Jesús (Vida de Jesús en árabe)	Mateo (Ev. de la Infancia del Pseudo-)
Corintios (Tercera carta a los)	Jeu (Libro de)	Matías (Evangelio de)
Doce Apóstoles (Evangelio de los)	José de Arimatea (Declaración de)	Melitón (Pseudo)
Nazarenos (Evangelio de los)	Pedro (Pasión de Pedro y Pablo)	Santiago (Carta de Clemente a)
Nicodemo (Evangelio de)	Pedro (Predicación de)	Séneca (Corresp. entre Pablo y)
Novela pseudoclementina	Pilato (Actas de)	Simón (Hechos de Simón y Pedro)
Pablo (Apocalipsis de)	Pilato (Comparecencia de)	Tadeo (Hechos de)
Pablo (Corresp. entre Pablo y Séneca)	Pilato (Informe de)	Tecla (Hechos de Pablo y)
Pablo (Hechos de)	Pilato (Respuesta de Tiberio a)	Timoteo (Hechos de)
Pablo (Oración del apóstol)	Pilato (Muerte de)	Tito (Hechos de)
Pablo (Pasión de Pedro y)	Pistis Sofia	Tomás (Evangelio de la infancia según)
Pablo y Tecla (Hechos de)	Salvador (Diálogo del)	Tomás (Evangelio de)
Pedro (Apocalipsis de)	Salvador (Evangelio del)	Tomás (Hechos de)
Pedro (Carta de Pedro a Felipe)	Salvador (Venganza del)	Tomás (Libro de)
Pedro (Carta de Pedro a Santiago)	Santa Virgen (discur. Sobre dorm. de la)	Transitus Mariae
Pedro (Evangelio de)	Santiago (Carta apócrifa de)	Verceil (Hechos de)
Pedro (Hechos de)	Santiago (Protoevangelio de)	Verdad (Evangelio de la)
Pedro (Hechos de Simón y Pedro)	Santiago (Segundo Apocalipsis de)	
Pedro (Hechos de P. y doce Apóstoles)	Santiago (Primer Apocalipsis de)	
Pedro (Martirio de)	Santiago (Carta de Pedro a)	

b) *Origen*

Los motivos que provocaron la composición de los apócrifos propiamente dichos no fueron siempre los mismos, como veremos después. No hay que excluir por principio —sobre todo en el caso de los evangelios— que sí pueda tratarse de obras que, de manera independiente, dispusieron de las mismas antiguas tradiciones de las que dispusieron los evangelios sinópticos y Juan. A veces, escritos procedentes de tales fuentes eran re-elaborados por herejes, particularmente gnósticos, para dar crédito y autoridad a sus doctrinas. Los gnósticos se consideraban superiores, en cuanto depositarios de una tradición secreta que completaba, o aun substituía, la tradición común. La mayoría de los Evangelios y Hechos representan doctrinas

peculiares heréticas y son obras destinadas a hacer propaganda de las herejías. Según san Ireneo (AH I 20,1), los marcosianos²¹ tenían innumerables escritos apócrifos e inauténticos. Epilanio (*Pan.* 26,12) dice que los «gnósticos» tenían miles.

Otra serie de escritos conecta con la ortodoxia. Su finalidad es, en parte, combatir la herejía y, en parte, servir a la edificación. No es sorprendente que muy pronto brotasen ramas legendarias de los relatos históricos neotestamentarios. Precisamente el silencio del Nuevo Testamento sobre asuntos que inevitablemente alimentaban el deseo de conocer o suscitaban simplemente la curiosidad popular fue semillero de buena parte de la literatura apócrifa. Nos ocuparemos de esto también más adelante.

2. Valoración de la literatura apócrifa a lo largo de la historia.

Al tratar de valorar la producción apócrifa, han aparecido con frecuencia tendencias antagónicas. A. de Santos Otero, en su ya clásico libro sobre los evangelios apócrifos, nos las resume de la siguiente manera:

El sentido de la verdad histórica está muchas veces ausente de ellos y viene reemplazado por un sentido fantasista que degenera no raramente en episodios extravagantes, triviales e incluso de mal gusto. El lenguaje suele ser de baja calidad. Abundan incorrecciones y solecismos. En algunos pasajes, el valor literario es nulo [...] Es por demás evidente que no admiten comparación alguna en punto a riqueza espiritual, rectitud moral e incluso belleza formal con los Evangelios canónicos. Una simple lectura bastaría para confirmar la verdad de estos asertos, si no hubiéramos de prestar oídos a las enseñanzas de la Iglesia sobre esta materia. Además, son muchos los defectos que en ellos se descubren. La causa de éstos radica con frecuencia en su origen popular y plebeyo²².

a) *Depreciación tradicional*

Según lo anterior, la actitud tradicional ha sido, por lo menos, de reserva. Se alegaba que todos los apócrifos de contenido histórico —y éstos constituyen la inmensa mayoría— tenían en común un rasgo destacado: lo extraño, lo aventurado y la falta de gusto de su contenido. Todos ellos se caracterizan: a) por una excesiva pobreza doctrinal; b) por el carácter inverosímil de los personajes; c) por la escasa fijeza de su texto, retocado sin cesar y del que se descubren siempre nuevas recensiones. Todos estos escritos resultan de una inferioridad notable, cuando vienen comparados con las obras canónicas. Estaba claro que incluso el lector más superficial percibía su inferioridad con respecto a los escritos reconocidos como canónicos. Los apócrifos, además,

²¹Secta gnóstica formada por los seguidores de Marcos, discípulo de Valentino, que difundieron sus ideas a mediados del siglo II por Oriente Medio, de donde pasó al valle del Ródano. Su doctrina se resume en «el ser primero creado, increado e incognoscible, se manifiesta por medio de sonidos, sílabas y palabras, que por combinaciones maravillosas y descomponiéndose maravillosamente, representan los misterios que se encierran en el planeta». Desaparecieron a mediados del siglo IV.

²²A. DE SANTOS OTERO, *o.c.*, págs. 8.

abundan en relatos de pretendidos milagros, que bajan, a veces, hasta lo absurdo. Se ha subrayado apologeticamente este contraste entre la historiografía apócrifa y los libros históricos del Nuevo Testamento, con el fin de destacar la pureza y veracidad de los relatos canónicos. Generalizando en exceso, se recordaba que la Iglesia antigua había observado frente a todos los apócrifos no sólo una actitud de reserva, sino directamente de rechazo. Por poner sólo un ejemplo, el autor de los *Hechos de Pablo* fue depuesto de su ministerio (Tertuliano, *De Baptistno* 17).

A quienes objetaban que unos escritos son tan válidos como los otros y que sólo por accidente o capricho no entraron en el canon del Nuevo Testamento se les respondía que bastaba con presentar los escritos y dejar que cada uno contase su propia historia. O sea: no es que se les haya excluido del Nuevo Testamento, es que se han caído de él por su propio peso.

Y ¿qué decimos nosotros? Estimamos —bueno, estimo yo— que una respuesta como la anterior es del todo insuficiente. ¿Por qué? Por apelar sólo a un criterio puramente subjetivo. Bajo ciertos aspectos, al menos, no hay diferencia intrínseca entre textos apócrifos y textos canónicos. La diferencia central queda en la inserción en el canon. La canonicidad es una decisión de la Iglesia. Que el lugar en que deba reconocerse la verdad sea una Escritura canónica es un elemento cardinal de la economía cristiana, donde la verdad pasa por un testimonio que se anuda a una recepción activa y productora. La verdad propuesta por el cristianismo es irreductible e intrínsecamente histórica²³. Pero esto nos llevaría a otras consideraciones sobre la inspiración y el canon, cuyo tratamiento —por razones evidentes de lugar y tiempo— no es precisamente éste.

A los apócrifos se les reconocía, eso sí, una importancia histórica no desdeñable: el conocimiento de estos apócrifos era útil —sin lugar a dudas— ya fuera para refutar a los incrédulos que abusan de ellos, ya para captar el alma de verdad histórica o doctrinal que se esconde tras sus invenciones; y, en particular para informarnos sobre el estado intelectual, religioso y moral de sus autores y presuntos lectores.

Leemos así también en la ya citada introducción de Aurelio de Santos Otero:

Ante todo hay que dejar bien sentado que los apócrifos no aportan ningún dato a la revelación²⁴.

Pero, seguimos leyendo a renglón seguido:

Y, sin embargo, hemos de reconocer con la misma sinceridad que no todo es negativo en esta literatura. Si es verdad que el biógrafo de Cristo tiene poco que aprender en ella, sería imperdonable que el historiador de la Iglesia, de la liturgia e incluso de los dogmas la pasara por

²³R. TREVIJANO, o.c., págs. 349-350.

²⁴A. DE SANTOS OTERO, o.c., pág. 7.

alto con gesto despectivo²⁵.

¿Cuáles son, fundamentalmente, las cosas que tanto el historiador eclesiástico como el liturgista o el teólogo dogmático tendrían que agradecer a los apócrifos del Nuevo Testamento?

Seguimos leyendo a A. de Santos Otero:

Algunos apócrifos se remontan en su forma actual, o en su núcleo primitivo, a las postrimerías del siglo II. Los más datan del siglo IV. Por ello reflejan a maravilla el sentir de aquellas primitivas comunidades cristianas acerca de Cristo, de **su persona** y de **su familia**. En algunos casos pueden ser portadores de tradiciones orales que, a su vez, pueden muy bien entroncar con los testigos de la vida del Señor y que en muchas ocasiones están refrendadas por el testimonio elocuente de **los lugares en que Cristo habitó**. Esto último sucede con el episodio de la **huida a Egipto**. Sin dejar de reconocer que la imaginación popular ha jugado un papel muy importante en la adulteración o desfiguración de las mencionadas tradiciones, no podemos por menos de conceder al testimonio de los apócrifos un valor histórico *indirecto*, que ciertamente no es despreciable.

No faltan, además, pasajes en que se descubren ciertos elementos de belleza. En este sentido son dignas de saborearse las páginas en que los apócrifos de la Natividad nos describen con ternura encantadora **los primeros pasos de la Virgen niña** y aquellas otras en que los apócrifos de la **Pasión** nos pintan con trazos llenos de patetismo la entrada triunfal de Cristo en los infiernos.

Por lo que se refiere al dogma, los evangelios apócrifos se nos presentan frecuentemente como testigos de verdades que hoy son objeto de fe por nuestra parte. Pensemos en la **virginidad de María**, tan brillantemente defendida en el *Protoevangelio de Santiago*, sin dejar de reconocer lo grosero de sus recursos; pensemos también en el episodio de la **bajada de Cristo a los infiernos**, de la que *los Hechos de Pilato* nos hace una pormenorizada descripción, e incluso en el relato de la **asunción de la Virgen**, del que tantos detalles nos ofrece la lujuriente literatura apócrifo-asuncionista²⁶.

Pero, como si de conceder a los apócrifos tantos beneficios se arrepintiera nuestro autor continúa diciendo:

Esto no quiere decir que la Iglesia haya tenido que beber en fuentes apócrifas las mencionadas verdades. Para esto está el genuino venero de la Escritura y la Tradición. Los apócrifos deben considerarse como meros testigos, pero auténticos, de ésta²⁷.

Dicho esto, prosigue:

El valor relativo de los apócrifos se echa de ver, además, si consideramos el influjo enorme que

²⁵A. DE SANTOS OTERO, *o.c.*, pág. 8.

²⁶A. DE SANTOS OTERO, *o.c.*, pág. 8.

²⁷A. DE SANTOS OTERO, *o.c.*, pág. 9.

estas leyendas han ejercido en las diversas manifestaciones del **sentir cristiano**. A este influjo no podemos substraernos ni siquiera nosotros en la actualidad. Las severas prohibiciones de algunos Padres no fueron capaces de hacer desaparecer esta literatura que, como corriente subterránea, fue aflorando de diversas maneras a la superficie de la liturgia, del arte, de la literatura e incluso de la misma **piEDAD cristiana**. Una simple ojeada por estos diversos sectores nos permitiría descubrir mil huellas de estas sencillas narraciones populares [...] Los nombres que damos a los **padres de la Virgen, Joaquín y Ana**, cuyas fiestas respectivas celebra la liturgia romana el 16 de agosto y el 26 de julio; la **fiesta de la Presentación de la Virgen niña**, fijada por el calendario bizantino y romano en el 21 de noviembre; **el nacimiento de Jesús en una cueva**, en que no faltan nunca **el buey y el asno**; la **huida a Egipto**, con los *idolos* que se derrumban; **los tres reyes Magos**, con sus nombres de **Melchor, Gaspar y Baltasar**; la historia de los **ladrones Dimas y Gestas**; el nombre del soldado que atravesó con una lanza el costado de Jesús, a quien llamamos **Longinos**; la historia de la **Verónica**, que enjugó con un lienzo el rostro de Jesús mientras éste iba por la calle de la Amargura [...] **Los monumentos arqueológicos e iconográficos** comienzan a acusar influencias apócrifas. Los **artistas bizantinos** se encargaron de hacer sentir esta influencia en las iglesias y basílicas más antiguas de Roma. Y así el papa Sixto III hace decorar, el año 435, el arcón triunfal de Santa María la Mayor con motivos sacados en su mayor parte del Protoevangelio de Santiago y del Pseudo Mateo [...] En **Occidente**, los apócrifos al principio encontraron grandes dificultades para su difusión. De hecho, los testimonios más adversos a esta literatura son de cuño latino. Pero, finalmente, después de ser sometidos a diversas reelaboraciones, la lengua latina se constituyó su difusora por todo el Occidente. Sus huellas en la liturgia mozárabe y en el arte son un buen testimonio de ello. La **Edad Media** les dispensó una franca acogida. La **Legenda áurea** de *Jacobo de Vorágine* (Varazze) y el **Speculum historiale** de *Vicente de Beauvais* [...] suministraron abundante materia de inspiración para los decoradores de las viejas catedrales y para los pinceles de *Fra Angélico* o de *Giotto*. La posición adversa del Renacimiento no impidió que obras maestras de la literatura, como la **Divina Comedia**, de *Dante*; el **Paraíso perdido**, de Milton, y el **Mesías**, de *Klopstock*, fueran tributarias de los apócrifos en muchos aspectos. Lo mismo podríamos decir de los **Autos sacramentales** de *Calderón de la Barca* [...]. El olvido en que cayó esta literatura a partir del concilio de Trento no impidió tampoco que siguieran observándose sus huellas en el **arte del siglo XVI** y en los **libros piadosos**. Recordemos en este último aspecto las **vidas de la Virgen** contenidas en las obras de *sor María de Agreda* y *Catalina Emmerich*, que con frecuencia reproducen íntegramente episodios apócrifos. Dígase lo mismo de la **Vida de Nuestra Señora**, que el *P. P. de Rivadeneyra* insertó en su **Flos Sanctorum** (Madrid 1675)²⁸.

De todos modos —como bien puede verse— la valoración global de la tradición de la Iglesia con relación a la literatura apócrifa neotestamentaria, en general —tanto desde el punto de vista literario como, sobre todo, teológico—, ha estado teñida de tonos notablemente negativos. Sólo en las líneas finales de su introducción, A. de Santos Otero concede:

...las ediciones críticas de Fabricius, Thilo y Tischendorf (sobre todo la de este último), así como los numerosísimos trabajos científicos en torno a los problemas suscitados por los apócrifos y el descubrimiento de nuevos fragmentos papiráceos en Egipto, han contribuido no poco a la importancia que actualmente tiene esta literatura en el terreno científico²⁹.

A esta ventanita que se deja abierta nos asomamos nosotros antes de dar por terminado

²⁸A. DE SANTOS OTERO, *o.c.*, págs. 9-11.

²⁹A. DE SANTOS OTERO, *o.c.*, pág. 11.

nuestro encuentro de esta tarde-noche.

b) *La revalorización de los apócrifos*³⁰

Dos nuevos factores influyentes: las aportaciones de Helmut Köster y Walter Bauer.

En su tesis doctoral sobre *Tradición Sinóptica en los Padres Apostólicos* (1957), **H. Köster** expresaba el firme convencimiento de que materiales evangélicos independientes de los escritos canónicos pudieron haber sobrevivido bien dentro del siglo II, contra la opinión prevalente que los veía a todos como producidos con posterioridad a los que entraron en el canon. La publicación del *Evangelio de Tomás*, en 1959, marcó el comienzo de un cambio, a una con la revalorización de la obra de **W. Bauer**, *Ortodoxia y herejía en el cristianismo más antiguo*³¹, a partir de su segunda edición, treinta años después de la primera, en 1964. Parecía que casi dos milenios de discriminación de los tachados como «herejes» por los Padres iban a llegar a un fin.

Veamos primero lo que dice Köster. Si esas «herejías» no eran simplemente desviaciones secundarias de una ortodoxia establecida, sino que resultaron de desarrollos en las comunidades cristianas, tan tempranos como la misión paulina, también sus evangelios podían reclamar ser continuaciones genuinas de los estadios más tempranos de la formación de las tradiciones sobre Jesús. Lo que se pone a prueba es, pues, la tradición «católica primitiva» u «ortodoxa» que afirma el monopolio de la tradición evangélica canónica. En la segunda mitad del siglo II los cristianos «católicos» y «heréticos» comenzaron a distinguirse más claramente entre sí. Sin embargo —siempre según Köster—, los evangelios de que trata su libro *Evangelios cristianos Antiguos*³² corresponden a un período más temprano, en que esas líneas divisorias no habían sido trazadas aún. Ciertamente hubo controversias, y algunas claramente visibles ya a mediados del siglo I, pero los que intervenían en ellas tenían en común, en amplia medida, las tradiciones sobre Jesús. **Las tradiciones evangélicas más tempranas y los escritos evangélicos contienen las semillas tanto de la herejía como de la ortodoxia posterior. Sólo el prejuicio dogmático puede afirmar que los escritos canónicos tienen un reclamo exclusivo al origen apostólico y, por lo tanto, prioridad histórica. El resultado de esta nueva orientación ha supuesto un cambio de enfoque en la investigación de los evangelios apócrifos.** El trabajo de H. Köster trata extensamente de aquellos escritos que pueden ofrecernos informaciones valiosísimas sobre los estadios más tempranos de la historia y desarrollo de la literatura evangélica. Historia que debe haber comenzado con colecciones menores de materiales sobre Jesús y que llevó a la composición de escritos evangélicos, tanto los llamados apócrifos como los canónicos. Desarrollo histórico que culminó con el intento, sólo logrado parcialmente, de crear un único evangelio para la Iglesia (el *Diatessaron* de Taciano). Köster da una importancia central a la

³⁰R. TREVIJANO, o.c., págs. 352-353.

³¹W. BAUER, *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum*, Tübinga ²1964.

³²H. KÖSTER, *Ancien Christian Gospels: their History and Development*, Londres (SCM) / Filadelfia (Trinity) 1990.

fuentes sinópticas *Q*, al *Evangelio de Tomás*, al *Diálogo del Salvador*, al evangelio desconocido de *PEgerton 2*, al *Apócrifo de Santiago* y al *Evangelio de Pedro* que —según le parece— contribuyeron a la primera fase de la literatura evangélica.

El análisis sistemático de **W. Bauer** sobre ortodoxia y herejía en el cristianismo más antiguo —junto con los trabajos de Köster, J.M. Robinson, C.W. Hedrick y otros de la escuela exegética americana— ha contribuido igualmente a un cambio de enfoque significativo en los estudios sobre los orígenes cristianos. Desde América se ha echado en cara a la exégesis europea haberse encerrado en el área de la tradición canónica. Se insiste en que ya no se pueden ignorar los textos gnósticos, que, sin embargo, en la ciencia neotestamentaria europea han quedado fuera del campo de análisis de muchos estudiosos. Cabe preguntarse si en la exégesis católica no se ha dado, además, un exceso de especialización por los compartimentos cerrados de tradiciones canónicas aisladas.

¿Cristianismo o cristianismos en la antigüedad? Que se pueda hablar de una diversidad de teologías en el cristianismo primitivo³³ parecería quedar fuera de toda razonable discusión. Bastaría sólo una lectura crítica y pausada del Nuevo Testamento para caer en la cuenta de que en los primeros momentos de la formación del cristianismo tuvo lugar un fenómeno bien distinto al de una presunta uniformidad y unicidad en las doctrinas. La multiplicidad e incluso contradicción de ideas teológicas que alberga el Nuevo Testamento —algunas en puntos absolutamente fundamentales— nos induce de por sí a modificar el dibujo que trazábamos al comienzo de esta charla, es decir: no existía en aquellos albores del cristianismo un Santo Oficio o una Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, encargada de velar por la pureza de las doctrinas o que irradiase una visión ortodoxa del cristianismo que anatematizara a la demás. **La perspectiva que la historia eclesiástica moderna nos proporciona sobre los primeros ciento cincuenta años del cristianismo nos indica que lo que hoy podemos denominar herejía no era siempre un cristianismo corrompido respecto a otro ortodoxo, sino que, para muchos, era la única forma de cristianismo que pudieron llegar a conocer y vivir. En aquellos momentos, el kerigma se predicaba y difundía con una gran libertad.** Durante el siglo primero y gran parte del segundo, las hoy llamadas «herejías» no deben considerarse siempre como desviaciones de una ortodoxia plenamente consolidada —puesto que no existían, por el momento, complejas formulaciones de fe que tuvieran una validez universal—, sino como el desarrollo autónomo de la fe cristiana en las diversas comunidades o grupos. Del mismo modo, los escritos de los grupos «heréticos», en especial los que —con el correr del tiempo— se llamaron «evangelios», pueden considerarse como expresión de la fe de esos grupos o —en algunos casos, al menos— como continuaciones genuinas de los estadios primitivos de la formación de tradiciones en torno a Jesús: tanto entre ciertos pensadores «ortodoxos» (Clemente de Alejandría; Orígenes), como entre los heterodoxos, era moneda común la idea de que Jesús había anunciado al pueblo sólo una parte de su doctrina, y que antes y después de su resurrección había comunicado a sus discípulos, o a algunos escogidos, muchos complementos a sus ideas,

³³Cf. Cf. A. PIÑERO, o.c., págs. 369-370.

desconocidas al común del vulgo creyente. Muchas agrupaciones, pues, de cristianos se congregaban en torno a esas revelaciones especiales. No había ninguna clase de cristianismo digna de mención que no dispusiera al menos de un *evangelio* en el que apareciera Jesús como portador y garante de su peculiar modo de ver el cristianismo y en el que se rechazase a los que pensaban de modo diferente. Ejemplo bastante claro de ello es el caso de los judeocristianos³⁴.

A pesar de que muy recientemente se ha intentado precisar la tesis de W. Bauer sobre la extensión de las «herejías» en el cristianismo primitivo³⁵, nos parece que sigue siendo válida en líneas generales la imagen trazada por este investigador de la primitiva cristiandad: en ella, el grupo que después sería visto como ortodoxo luchaba denodadamente por imponer sus ideas teológicas a un sinfín de otros cristianos que no compartían los mismos puntos de vista. **A finales del siglo I**, el *Apocalipsis* de Juan nos da idea de la buena cantidad de herejes que existía en Pérgamo, Tiatira, Sardes y Laodicea. La imagen que se desprende de las *cartas de Ignacio de Antioquía*, que despliegan una enorme impetuosidad para defender la figura del obispo, es que este personaje, garante de la ortodoxia, tenía que luchar sin tregua por mantener en el redil de la recta doctrina a sus fieles. En su tiempo, el cristianismo gnóstico de Antioquía tenía una fuerza notable. Y ¿para qué hablar de la época misma de **Pablo**? El Apóstol aparecía rodeado continuamente de gnósticos (1Cor) o de judeocristianos (Gál), que pensaban el cristianismo de una manera muy diferente a la suya. Exactamente lo mismo podemos afirmar de las **Cartas Pastorales** con su continuo insistir en la «recta doctrina» y las constantes posibilidades de desvíos de ella. A tenor de su carta, la energía de **Policarpo** se centraba en la lucha *antidoceta* y otras «herejías» que le circundaban. **En el siglo II había en Roma** multitud de *valentinianos*; el heresiarca *Marción* tenía un éxito enorme con su concepción nueva del cristianismo, en la que se distinguía entre el Dios verdadero, desconocido en verdad, y el llamado Dios del Antiguo Testamento, en realidad un demiurgo subordinado a aquel al que los judíos y los cristianos, erróneamente, habían considerado como el Dios único. En *Frigia* y el *norte de África*, la modalidad *montanista* del cristianismo gozaba de excelente salud, atrayendo a su seno a multitud de creyentes, entre otros al muy celebrado *Tertuliano*. En las *Galias*, *Ireneo de Lyon* compone un enorme tratado de refutación contra las herejías gnósticas, en el que se ponía de relieve indirectamente cuántos y cuán numerosos grupos había que entendían el cristianismo de modo diverso al de la Gran Iglesia.

³⁴Sobre los judeocristianos, véase J.-P. LÉMONON, «Los judeocristianos: testigos olvidados», *Cuadernos Bíblicos* 135, VD, Estella (Navarra) 2007. Por lo que sabemos, los grupos judeocristianos tenían al menos tres evangelios: el llamado de los *nazareos*, de los *ebionitas* y de los *hebreos*. Por su parte, los judeocristianos de Egipto basaban sus ideas en el Evangelio de los Hebreos, mientras que los conversos procedentes del paganismo se servían del de los *Egipcios*. Entre los sirios corría el Evangelio de Pedro, bastante ortodoxo por cierto, pero que para el obispo Serapión de Antioquía (hacia el 200) era un tanto sospechoso de contener opiniones docetistas, por lo que debía prohibirse, pues lo utilizaban personas heterodoxas.

³⁵Cf. T.A. ROBINSON, *The Bauer Thesis examined: the Geography of Heresy on the Early Christian Church*, Lewiston NY (Mellen), 1988. El autor estudia sólo la región de Asia Menor, pues, en su opinión, es la única de la que tenemos datos seguros. Tras su examen, concluye que la extensión de la herejía por esas regiones era mucho menor que la postuladas por Bauer.

Este somero panorama de la diversidad eclesial en los dos primeros siglos habría de bastar para formarnos una idea del ambiente de multiplicidad ideológica en el que debemos encuadrar la formación de los evangelios, tanto canónicos como apócrifos, y la abundancia de su producción.

Ya a finales del siglo II (en Occidente con Ireneo de Lyon y su tratado contra las herejías), y, sobre todo, a comienzos del III (testimonios del Canon de Muratori, de Serapión de Alejandría y de Orígenes, entre muchos otros), **el panorama debió de cambiar**: la extensión de la normatividad del canon hizo que la mayoría de los ortodoxos tuviera ya bastante claro qué escritos eran inspirados y cuáles no. **Hacia el año 200 empezaban a delimitarse con claridad las fronteras entre ortodoxia y herejía**. Antes, las líneas de separación se mantenían más fluidas.

Opinamos — para concluir — que unos planteamientos como los propuestos por Bauer y Köster implican un doble reto. Es por un lado un incentivo para que el exegeta y teólogo confesional no se acompleje y se ciña única y férreamente al texto sagrado recibido y fijado en el canon. Por el otro, si el reto se plantea en la misma reconstrucción histórica de los orígenes cristianos, no se puede considerar un lujo de especialistas el acceso a toda la documentación relevante. Aunque sólo sea para poder precisar con conocimiento de causa dónde queda esa relevancia.

Está claro que el campo de los apócrifos no puede quedar en un capítulo más de una patología descuidada, sino que debe despertar seriamente la atención de los teólogos, particularmente de los neotestamentarios. Para comprender mejor la Palabra de Dios que se nos ha dado en una palabra humana, en cuyo complejo trasfondo de fuentes (cf. Lc 1,1-4) queda tanto por esclarecer aún en nuestros días.